

## CONTEXTO HISTORICO DE LATINOAMÉRICA (1880-1922)

ALBERTO GUTIÉRREZ \*

### Nota explicativa

En el marco de la *III Reunión Internacional de Historia de la Obra Salesiana: Significatividad e importancia social*, pretendo exponer, en general y sin entrar en los detalles de cada país, el contexto socio-político, cultural-escolástico y eclesial religioso de Latinoamérica entre los años 1880 y 1922. Soy plenamente consciente de que las fechas coinciden con momentos importantes de la historia salesiana y nos llevan hasta la época misma de Don Bosco, lo cual da al encuentro la significación trascendental que tiene todo regreso a las fuentes. Sin embargo, debo decir que no coinciden con momentos especialmente significativos en la historia de Latinoamérica.

Con la anterior salvedad, pretendo hacer un esbozo del contexto latinoamericano que sirva de referencia a los trabajos de la III Reunión que se enmarcan en los dos períodos de gobierno de Don Michele Rua (1888-1910) y Don Paolo Albera (1910-1921), aunque anticipando la periodización al año 1880 «en cuanto que Don Bosco, muerto en 1888, en realidad dejó mucho espacio a su primer sucesor Don Rua, ya desde 1880».<sup>1</sup> Por tanto, respetando los límites escogidos, quiero ser fiel al propósito de elaborar un contexto general y no de adentrarme en la historia salesiana en Latinoamérica en la cual quiere profundizar precisamente la III Reunión y tiene aquí los conocedores del tema.<sup>2</sup>

\* Jesuita, colombiano, Profesor de Historia Eclesiástica de América Latina - Pontificia Universidad Gregoriana - Roma.

<sup>1</sup> Francesco MOTTO, SDB., «Programma di massima del 3° Convegno Internazionale di Storici dell'opera salesiana», 13 - 01 - 2000, p. 1. Dentro de la periodización del «Convegno» y con referencia a ella, para el presente trabajo resulta importante mencionar el hecho de que los primeros misioneros salesianos zarparon de Italia el 11 de noviembre y llegaron a Buenos Aires el 14 de diciembre de 1875, es decir, en tiempos de Don Bosco y como fruto de una luz especial divina para el santo fundador con respecto al continente americano. Cf Arthur LENTI, *Sogni in Don Bosco*, ed. Semeraro. Padova, Cedam 1990, p. 99.

*Bibliografía:* Dada la índole del presente trabajo, resulta imposible presentar la bibliografía de cada tema; solo se citan algunos libros que pueden servir de guía y que han sido consultados.

<sup>2</sup> Para poder entender el proceso histórico latinoamericano del último cuarto del siglo XIX, es necesario referirse a la manera como evolucionó a partir de la independencia, a medida que se iban formando los nuevos estados. Solo así es inteligible la variable y, a veces, penosa situación de la Iglesia católica en el continente y el régimen de relaciones de la Santa Sede con

## Introducción

El siglo XIX fue, para Latinoamérica, el de la difícil y, a veces, caótica transición del período colonial a la realidad de la vida independiente. Tres largos siglos de dominio de las metrópolis española y portuguesa habían producido una manera de ser y de obrar, en lo político y en lo religioso, que no iba a cambiar por el solo hecho de la emancipación. Ni en Hispanoamérica, donde el proceso conllevó un largo estado de guerra por espacio de casi 25 años y mucho derramamiento de sangre, ni en Lusoamérica donde la independencia fue obra pacífica del heredero de la casa de Braganza, reinante en Portugal, quien se convirtió en el emperador del Brasil don Pedro I, separando la colonia del Reino, se dieron las condiciones ideales de madurez para la autodeterminación y el pretendido autogobierno. No es absurdo afirmar que el siglo XIX fue la etapa del difícil aprendizaje latinoamericano para la vida independiente.

Con lo anterior se quiere decir que ese aprendizaje supuso un lento proceso en el que el Viejo Mundo, también políticamente inestable, poca tranquilidad podía ofrecer en un ambiente en que, por todas partes, crujían las seculares estructuras absolutistas del Antiguo Régimen, azotadas por el vendaval del liberalismo, el socialismo, el positivismo y todas las ideologías que se desencadenaron con el advenimiento de una irrefrenable modernidad. La coyuntura de comienzos del siglo XIX gira alrededor del imperio napoleónico que, entre muchas consecuencias, produjo la reacción legitimista que, en 1815, en el Congreso de Viena, se formuló como una Santa Alianza para defender las monarquías y sus respectivos imperios coloniales; pero, contemporáneamente a la reacción legitimista, contribuyó a desencadenar el movimiento independentista latinoamericano.

La Santa Sede, que padeció en su cabeza, el papa, el más humillante tratamiento hasta llegar al destierro de Pío VI a Valence y de Pío VII a Fontainebleau<sup>3</sup> se encontró, en el caso latinoamericano, ante el muy complicado dilema, auténtico caso de conciencia, de obrar o no dentro de un sistema patronal que las testas coronadas juzgaban abusivamente como derecho inherente a la esencia del estado. La fidelidad al patronato, por parte de la Santa Sede, trajo como consecuencia que las iglesias de los países surgidos del movimiento independentista quedaban, poco a poco, sin arzobispos y obispos por haberse cerrado la vía ordinaria de la corte de Madrid que era la tradicional para nombrarlos.<sup>4</sup>

los gobiernos inestables de muchas repúblicas. Cf Eduardo CÁRDENAS, *América Latina: la Iglesia en el siglo liberal*. (= Colección pasado en presente, 4). Bogotá, Cargraphics 1996.

<sup>3</sup> Pío VI, Giannangelo Briaschi, de Cesena, papa de 1775 a 1799 (Datos del Anuario Pontificio). Sobre la cautividad de Pío VI, cf *La ocupación de Roma y el secuestro de Pío VI*, en Jean LEBLON, *La Revolución*. (= Historia de la Iglesia, dir. FLICHE-MARTIN, 23), pp. 154-156; Pío VII, Barnaba (Gregorio) Chiaramonti, de Cesena, 1800-1823. Sobre la cautividad de Pío VII, cf *Cautividad de Pío VII*, en *La Revolución...*, pp. 271-276.

<sup>4</sup> Sobre el Patronato Regio existe una vasta bibliografía. Puede consultarse en Pedro de LETURIA S.J., *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica, I: Epoca del Real Patronato: 1493-1800*. (= Analecta Gregoriana, 102). Caracas 1959, pp. 303-357.

Caso típico fue el del papa León XII: en un momento en que dejó predominar la conciencia de su deber pastoral sobre las consideraciones político-patronales, nombró «*motu proprio*» obispos residenciales para los países bolivarianos, con lo que se vio ante la realidad de estar cometiendo «un error político» que le costó la temporal ruptura de relaciones diplomáticas, tradicionalmente excelentes, con su amado rey católico don Fernando VII. Tan peligrosa situación llevó al Papa a frenar súbitamente su apertura y; para volver a la normalidad, retornó a la rigidez de la política patronal tan contraria a los intereses latinoamericanos y al parecer de varios cardenales de la Curia, entre los cuales Mauro Cappellari, el futuro Gregorio XVI.<sup>5</sup>

Es importante anotar aquí cómo, dada la manera como se declaró la independencia del Brasil en 1821 por parte de un miembro de la dinastía bragantina y como se constituyó el imperio de don Pedro I, el mismo papa León XII se apresuró a reconocer para el nuevo emperador el privilegio de patronato; el ambicioso y absolutista monarca no quiso darle el pase al documento pontificio ya que el papa lo concedía como privilegio y el emperador lo quería como derecho inherente a la corona y, por tanto, inalienable. Lo anterior no quiere decir que la política imperial haya sido ajena al más rígido de los procedimientos patronales; prueba de ello el escaso desarrollo de la jerarquía episcopal en la iglesia brasileña durante el imperio.<sup>6</sup>

## 1. La solución del problema episcopal hispanoamericano

Los papas, León XII al final de su pontificado y Pío VIII, ante el callejón sin salida político y, ante la angustiada solicitud de las iglesias de los países hispanoamericanos, quisieron seguir el camino de nombrar vicarios apostólicos con carácter episcopal, dependientes de la Congregación «de propaganda fide», pero sin la categoría de obispos residenciales. Con ello pretendían el papa y su curia no chocar con la intransigencia de la corte de Madrid que, en los últimos años de Fernando VII, fue cada vez más rígida con la pretensión, llena de irrealismo político, de que todo lo arreglaría una planeada reconquista que nunca iba a llegar, en parte

<sup>5</sup> LEÓN XII: Annibale della Genga, de Genga (Fabriano), 1823-1829. Sobre la actuación del Papa en todo el asunto de la provisión de obispos, cf P. de LETURIA, *Relaciones...*, pp. 303-357.

<sup>6</sup> El Papa concedió al emperador don Pedro I el privilegio patronal (padroado) por medio de la bula «*Praeclara Portugalliae Algarbiorumque Regum*» de 30 mayo de 1827 (*Bullarium Romanum*, 17, Rainaldi Segreti, Romae 1855, p. 59). El emperador no dio el pase a la bula porque quería que el Papa reconociera el «padroado» como un «derecho imperial adquirido», interpretación que nunca fue aceptada por Roma. Sin embargo, tanto Pedro I como Pedro II procedieron patronalmente según su mentalidad regalista. Con respecto a las relaciones entre el Brasil imperial y la Santa Sede, Giacomo Martina ha publicado una serie de Documentos Vaticanos del siglo XIX, pero sin un estudio ulterior que todavía espera sea realizado, al menos a nivel de tesis doctoral. Cf Giacomo MARTINA S.J., *Documenti Vaticani sulla Chiesa brasiliana dell'Ottocento*, en «*Archivium Historiae Pontificiae*» 29 (1991) 311-352.

por la oposición de Inglaterra y de los Estados Unidos de Norteamérica, y, en parte, por la imposibilidad de una crepuscular potencia española en vísperas de la complicada guerra de sucesión entre carlistas legitimistas e isabelinos liberales.

El plan de los vicarios tuvo un primer éxito transitorio en Chile y Argentina, no así en México y Centroamérica donde la reacción fue de rígida negativa por considerar los gobiernos que se ofendía con la solución vicarial a unas iglesias que llevaban siglos de organización y de fidelidad a la Iglesia y al papa. Finalmente, durante el pontificado de Gregorio XVI, se llegó a la solución deseada: este papa benedictino camaldulense, de alma y formación decididamente misioneras, invocando la suprema libertad de espíritu de su predecesor medieval Gregorio VII, decidió que el carácter de supremo pastor del pueblo de Dios lo obligaba a procurar, ante todo, el bien espiritual de las almas y, por tanto, a entrar en diálogo con quienes eran las autoridades que ese pueblo acataba y consideraba legítimas. El primer paso, con respecto a Latinoamérica, lo dio inmediatamente después de su coronación y consistió en nombrar obispos y arzobispos para la mayoría de las sedes que estaban huérfanas con grave daño de las almas; luego vino el segundo: ir reconociendo, uno a uno y en la medida en que las circunstancias lo permitían, los nuevos estados dentro del criterio de que la autoridad viene de Dios y se comunica a los gobernantes que el pueblo libremente se ha escogido.<sup>7</sup>

No obstante que el papa pudo entrever, y pronto lo sufrió, que la tesis de la soberanía popular podía afectar la estructura jurídico-política de los estados de la Iglesia, puso, en la encíclica «*Sollicitudo ecclesiarum*», las bases doctrinales para que la curia pudiera entrar a dialogar, y eventualmente negociar, con pueblos en trance de buscar su independencia y establecerse como estados soberanos. Tal el caso, en la época, de los estados hispanoamericanos con respecto a España; pero, también, de Polonia con respecto a Rusia, Bélgica con respecto a Holanda e Irlanda con respecto a Inglaterra. El aire de libertad soplaba por todas partes.<sup>8</sup> Con el avance providencial y definitivo de Gregorio XVI, las iglesias latinoamericanas pudieron tener su jerarquía establecida e iniciaron la época de desarrollo que fue especialmente significativo en los dos largos pontificados siguientes que, juntos, sumaron 57 años: el de Pío IX, de 1846 a 1878 y el de León XIII de 1878 a 1903.

## 2. El fortalecimiento de la Iglesia latinoamericana en tiempos de Pío IX<sup>9</sup>

Con base en la solución dada por Gregorio XVI, al problema de la provisión de obispos en propiedad que paralizó no poco la pastoral y el desarrollo mismo

<sup>7</sup> GREGORIO XVI, Bartolomeo Alberto (Mauro) Cappellari, de Belluno, 1831-1846. Se encuentra un análisis muy documentado en P. de LETURIA, *Relaciones...*, pp. 361-414.

<sup>8</sup> La bula de GREGORIO XVI titulada «*Sollicitudo Ecclesiarum*» se encuentra en: A. M. BERNASCONI (dir.), *Acta Gregorii XVI*. Romae, Typ. Poliglotta Vaticana, 1901, pp. 38-40. Un estudio sobre el contexto de la bula, cf *Gregorio XVI, los movimientos insurreccionales y los gobiernos liberales en Europa*, en Jean LEFLON, *La Revolución...*, pp. 483-493.

<sup>9</sup> Pío IX, Giovanni Maria Mastai-Ferretti, de Senigallia, 1846-1878.

de las iglesias latinoamericanas en el trance mismo de su nacimiento como naciones libres, la misión que se propuso Pío IX fue la de fortalecer las estructuras eclesiales de un continente que, apenas ahora, empezaba a abrirse, con voz propia, a la Iglesia universal. Habiendo conocido directamente la situación caótica que vivió Latinoamérica en el período independentista, Pío IX, el antiguo secretario del obispo Juan Muzi en su frustrada correría por Argentina y Chile,<sup>10</sup> cuando Mastai-Ferretti era apenas un joven monseñor, pasó a la acción y creó 22 nuevas diócesis para la parte hispana continental, 9 para las Antillas y 3 para el Brasil.<sup>11</sup> Movido por un especial e innegable afecto hacia las jóvenes iglesias, Pío IX se preocupó por orientar a las naciones latinoamericanas en conjunto y a cada uno en particular, asistiendo, por medio de sus enviados y de las respectivas jerarquías, a la difícil adaptación de la vida eclesial a los cambiantes sistemas políticos, casi en todas partes movidos por el contradictorio turbión de las ideologías en boga y por los movimientos contrarios al clero y a la propia vida de la Iglesia.

El papa procuró colaborar con su consejo, dirección o correctivo oportuno, aunque era consciente de lo difícil de la convivencia con gobiernos que, en medio de afirmaciones nacionalistas de libertad e independencia de cualquier poder extranjero, llámesele papa de Roma o autoridad superior religiosa extraterritorial, se oponían a la intervención de la Iglesia y del clero en asuntos como la educación o la orientación moral de grupos humanos como los obreros, los campesinos, los intelectuales, las familias o la infancia misma; detrás de todo estaba la oposición, orquestada clamorosamente por las logias masónicas y por los profetas de las ideologías en boga, a su pretendido o real poder económico y a lo que seguían representando los sacerdotes seculares y regulares como orientación e instancia digna de respeto para el pueblo latinoamericano, no obstante sus errores y eventuales desvíos en su misión evangélica.

Los 32 años de pontificado de Pío IX fueron fecundos para las iglesias latinoamericanas por la manera como el papa supo solidificar sus estructuras eclesiales, estimular su acción pastoral y corregirla en sus desvíos. Como parte de la Iglesia universal, las iglesias del continente fueron destinatarias directas, por primera vez, y copartícipes del magisterio colegial en el Concilio Vaticano I y recibieron, sin interferencias patronales, las enseñanzas pontificias en difíciles coyunturas ideológicas y políticas. Finalmente, en todos los rincones latinoamericanos se saludó con respeto y emoción algo que siempre fue creencia firme del pueblo, herencia sin duda de los pueblos ibéricos: la definición dogmática, en el

<sup>10</sup> Sobre la Misión Muzi, de la cual Mgr. Mastai-Ferretti era secretario, cf P. de LETURIA, *Relaciones...*, pp. 209-226.

<sup>11</sup> Es un hecho que la presencia del futuro Pío IX en Suramérica fue de inmenso valor para las iglesias del continente ya que el conocimiento de la problemática y la idiosincrasia de los pueblos latinoamericanos marcaron sus relaciones con estos. Tres fueron los graves problemas que trató de ayudar a solucionar: la excesiva extensión de las diócesis, la falta de clero y la política de los estados intervencionista cuando no francamente tiránica.

año 1854, de la Inmaculada Concepción. Por eso, sin que el apelativo sea excluyente, se ha llamado, con razón, a Pío IX, el «papa de América».<sup>12</sup>

### 3. Latinoamérica en los tiempos de Leon XIII<sup>13</sup>

Resulta imposible entender los progresos y retrocesos de la Iglesia latinoamericana durante el pontificado del cardenal Joaquín Pecci, elegido papa el 20 de febrero de 1878 con el nombre de León XIII, sin adentrarse en el alma misma del pueblo que, durante tres siglos, había sido conformado dentro de patrones católicos que habían quedado grabados, con más o menos fidelidad a la doctrina de la Iglesia, en generaciones sucesivas para las que ser latinoamericano significaba simplemente, y al menos para la estadística, ser católico, apostólico y romano. Los embates del positivismo, del espíritu de la ilustración y del consecuente liberalismo fueron entrando, poco a poco, en grupos de la élite intelectual y social, por medio de los libros y de la enseñanza sobre todo superior, pero no en el pueblo común que siguió pensando y actuando como siempre dentro de códigos mentales y éticos en que se mezclaban culturalmente las enseñanzas de los misioneros y párrocos de aldea con las enseñanzas nunca olvidadas y transmitidas oralmente por los mayores, abuelos, padres de familia y maestros; y esto, tanto entre los blancos, como entre los indígenas y los negros.

En Latinoamérica, en el siglo XIX, no obstante las contradicciones estatales provenientes del ambiente liberal, masónico y aun protestante, ser católico era esencial culturalmente, casi genético y se podía serlo aunque políticamente se profesaran las ideas liberales o se militara en la masonería, en una de esas curiosas paradojas de la historia religiosa en que se era católico, más por tradición que por convicción intelectualmente madura. Al menos durante la primera mitad del siglo y hasta que se conocieron las denuncias y anatemas de Pío IX en el *Syllabus*, los políticos que tuvieron en sus manos la conducción de los primeros pasos de los países en su vida independiente, procedían de familias ancestralmente católicas, aunque su catolicismo obedecía a una posición tradicionalmente indiscutida y casi indiscutible, herencia de la sociedad colonial. Sin embargo, en la búsqueda de solución a los problemas nacionales, esa aristocracia u oligarquía gobernante chocaba mental y prácticamente con las estructuras eclesiales subsistentes de la colonia y con el predominio clerical que tradicionalmente se había manifestado en un liderazgo natural sobre el pueblo, en la posesión de la tierra y, en general, de gran parte de los bienes muebles e inmuebles que estaban en manos de las instituciones eclesiásticas, diocesanas o religiosas.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> Sobre el pontificado de Pío IX y sus relaciones con Latinoamérica, cf Giacomo MARTINA S. J., *Pío IX, 1851-1866*. (= *Miscellanea Historiae Pontificiae*, 51). Romae, P. U. GREGORIANA 1986. Idem, *Pío IX, 1867-1878*. (= *Misc. Hist. Pont.*, 58). Romae, P. U. GREGORIANA 1990.

<sup>13</sup> LEON XIII, Gioacchino Pecci, Carpineto (Anagni), 1878-1903.

<sup>14</sup> En el marco histórico del pontificado de León XIII, y, en concreto, del Concilio Ple-

Resulta comprensible y, hasta cierto punto de vista, lógico que, tres siglos de régimen patronal en los que el clero había jugado un papel preponderante en la evangelización y organización de las iglesias latinoamericanas, los nuevos amos del poder encontraran que el único obstáculo para los nuevos estados, todavía sin proyectos claros y dentro de políticas que pretendían casi siempre ser hegemónicas por parte de los caudillos de turno o del grupo que los apoyaba, era el clero cuyos bienes eran «de manos muertas» porque no se transmitían de padres a hijos; era, por tanto, el enemigo que había que vencer quitándole su riqueza y su influjo.

Pío IX y León XIII comprendieron que el anticlericalismo latinoamericano era rabioso, a veces tropical y folclórico, siempre injusto y contradictorio; pero no lo catalogaron como necesariamente anticristiano y, por eso, siempre tuvieron las puertas abiertas para negociar concordatos o, al menos, pactos que permitieran un «modus vivendi» a las iglesias cruelmente debilitadas. Pío IX tuvo la necesaria paciencia y, casi siempre, tuvo éxito. León XIII, más abierto aún, instauró una política de acercamiento y comprensión, claro está, sin ceder en materia esencial de dogma o de moral, asuntos ambos en que quiso tener una especial pedagogía con respecto a las iglesias latinoamericanas.

A decir verdad, cuando Pecci fue elegido papa, en los diversos países latinoamericanos, al lado del sentimiento de júbilo que acompaña la elección de un nuevo papa, hubo sorpresa por el casi universal desconocimiento que se tenía de su persona y obra. Poco se sabía de su eficaz delegación apostólica en diversas ciudades italianas en momentos difíciles para la Santa Sede y de su nunciatura en Bélgica, algo más de su gestión episcopal en la diócesis de Perugia y como cardenal; los agentes de noticias lo presentaron, en esa época, como político conciliador, firme y no temeroso de actitudes progresistas, por ejemplo, frente al catolicismo liberal, las asambleas regionales de obispos y la explosiva cuestión social. No toda la opinión pública vió con buenos ojos que, como nuncio en Bruselas, visitara personalmente las minas de carbón, los astilleros y las fábricas. Definitivamente, la personalidad de León XIII, que era menos apegada a los grandes planteamientos doctrinales, aparecía como un ejecutivo, práctico y sin temor de decir y hacer lo que consideraba mejor para la humanidad y, en concreto, para la Iglesia.<sup>15</sup>

El papa captó inmediatamente que en Latinoamérica estaba una parte considerable de la Iglesia universal, pero que aun no había alcanzado el puesto que le correspondía en ella, sobre todo por tres motivos: primero, la tremenda escasez de clero por la escasa promoción vocacional entre los propios americanos y, peor

nario de la América Latina (1889), el historiador Eduardo Cárdenas S. J. tiene un sugerente estudio sobre el tema: *Constantes del liberalismo decimonónico*. Cf Quintín ALDEA S. J. - Eduardo CÁRDENAS, *La Iglesia del siglo XX en España, Portugal y América Latina*. (= Manual de Historia de la Iglesia, 10). Barcelona, Herder 1987, pp. 475-478.

<sup>15</sup> La bibliografía sobre el pontificado de León XIII es extensa. Para el tema aquí tratado, cf Augusto José SCHMIDLIN, *El Mundo Secularizado*, 1. (= Historia de la Iglesia, dir. Fliche-Martin, 25). Valencia 1985. Entre las páginas 244 y 249 se trata el tema de las relaciones con Iberoamérica.

aun, la mediocre formación en los seminarios donde los había; segundo, el desconocimiento de los obispos entre sí y la consiguiente desunión de las iglesias particulares con perjuicio de una acción común; y, tercero, como parte de un mundo cambiante, la dificultad para enfrentar los problemas del desarrollo económico, sobre todo en el resbaloso campo de las relaciones entre el capital y el trabajo.<sup>16</sup>

Sin tratar de maximizar el puesto que la problemática latinoamericana ocupó en el quehacer del papa y de la curia romana, si es un hecho que una parte importante de la agenda del cardenal secretario de estado, Mariano Rampolla del Tíndaro, y de los dicasterios pontificios estuvo dedicada a las iglesias latinoamericanas, lo que se hizo especialmente evidente cuando León XIII tomó la decisión y asumió la insólita responsabilidad de reunir el episcopado de Hispano y Lusoamérica en la sede del sucesor de Pedro, primera vez que se reunía en cuatro siglos de existencia. El Concilio Plenario Latinoamericano, llevado a cabo en Roma en 1899, constituyó un acontecimiento de gran proyección hacia el futuro porque presentó a las diversas iglesias del continente un cuerpo teológico, moral, pastoral y canónico unificado y de acuerdo con las últimas determinaciones de la Iglesia. A pesar de que no se basó en un análisis concreto de la realidad de las naciones y del pueblo cristiano, ni significó un avance doctrinal en ningún aspecto, la vida del catolicismo latinoamericano tuvo que ver con el Concilio Plenario hasta la promulgación del Código de derecho canónico y, más tarde, hasta el Concilio Vaticano II.<sup>17</sup>

Para enfrentar el problema del clero, tanto secular como regular y así estimular de nuevo la misión evangelizadora de Latinoamérica, León XIII favoreció, en la formación de los futuros sacerdotes, la difusión de la doctrina tomista como norma segura para evitar la proliferación de filosofías y teologías que, lejos de orientar al sacerdote y al laicado hacia el ministerio de la Iglesia, deforman la conciencia cristiana y la hacen vulnerable a todos los errores señalados por los papas anteriores, sobre todo Gregorio XVI y Pío IX.

Otro medio definitivo y que contribuyó a cambiar la fisonomía pastoral y misionera de toda Latinoamérica fue el llamado papal a colaborar en la misión evangelizadora de la Iglesia a todos los religiosos y religiosas de las órdenes antiguas renovadas y congregaciones modernas que quisieran y pudieran dar su

<sup>16</sup> La encíclica «*Rerum novarum*» de 15 de mayo de 1891 fue acogida con respeto y entusiasmo por la jerarquía y por el pueblo fiel latinoamericano que vieron en ella una directriz segura en un campo que se estaba volviendo conflictivo en algunos lugares, por ejemplo, el cono sur, Brasil y México. Sin embargo, analizando la literatura periodística de la época, se ve que no causó una impresión especial en el mundo laboral que, en la mayoría de Latinoamérica, no superaba la fase familiar y artesanal. Para la encíclica, cf LEONIS XIII, *Acta XI*, pp. 97-144; ASS 23 (1890-1891) 641-670.

<sup>17</sup> De la vasta bibliografía sobre el Concilio Plenario Latinoamericano, se cita el trabajo de Cárdenas, por ser pionero y, en muchos aspectos, no superado aun. Cf Eduardo CÁRDENAS S.J., *El 1º Concilio Plenario de la América Latina, 1899*, en A. QUINTIN - E. CÁRDENAS, *La Iglesia...*, pp. 465-552. En prensa se encuentra el libro de las Memorias del Simposio realizado con motivo del centenario del Concilio Plenario (Vaticano, Junio de 1999).

aporte a una iglesias en trance de renovación. Con eso, León XIII continuó en la línea de su predecesores argumentando, en la encíclica «*Sancta Dei civitas*», de 3 de diciembre de 1880,<sup>18</sup> con la responsabilidad universal de la Iglesia siguiendo el llamado de Cristo y mirando a todos los hombres y mujeres de buena voluntad aunque no sean cristianos. El llamado del papa es urgente y es universal: para el clero católico, para los religiosos y religiosas, para sus auxiliares laicos, para las asociaciones de todo tipo interesadas en extender el Reino de Dios.

La respuesta a la llamada de los papas del siglo XIX en pro de las misiones, y en concreto en Latinoamérica, merecería capítulo aparte. Aquí solamente digamos que una de las grandes realidades de su historia es el de la renovación de la vida religiosa que atravesó por crisis violentas debidas, sobre todo, a la independencia y, como consecuencia, a la casi endémica desconfianza hacia los religiosos europeos y hacia los gobiernos centrales de las órdenes. A lo anterior, hay que añadir, en casi todos los nuevos países, la confiscación de los bienes, la prohibición de recibir novicios y la prohibición de tener relaciones con los generales de Roma, considerados autoridades extranjeras.<sup>19</sup> En los últimos decenios del siglo llegaron a Latinoamérica refuerzos de las órdenes antiguas con personal europeo reformado dentro de las normas emanadas en tiempo de Pío IX: benedictinos, agustinos, franciscanos, dominicanos, capuchinos y jesuitas. Pero un refuerzo mas significativo por lo nuevo de los protagonistas lo trajeron las nuevas congregaciones masculinas y femeninas que aportaron una mística nueva, fruto de carismas que habían surgido en una Iglesia que, en medio de la crisis de un mundo alborotado, mostraba su faz renovada y misionera: los eudistas, lazaristas, redentoristas, salesianos, claretianos, padres del Espíritu Santo, sacerdotes del Sagrado Corazón, marianistas y muchas más.<sup>20</sup> A los anteriores se unieron congregaciones laicales dedicadas a la enseñanza como los maristas y los hermanos de

<sup>18</sup> La encíclica «*Sancta Dei civitas*» es de 3 diciembre 1880. Su tema es: *De Institutis a Propaganda fide, a sacra Iesu Christi infantia et a scholis orientis provehendis*, en ASS 13 (1880) 241-248.

<sup>19</sup> Un ejemplo quizás extremo, pero significativo, es el de los franciscanos observantes de la Provincia de la Inmaculada del Brasil; unida naturalmente a otras causas, la de la separación de las autoridades centrales de la Orden fue causa de la práctica extinción de la Provincia. Cf Sandro Roberto DA COSTA, *Processo de decadência da Província franciscana da Imaculada Conceição do Brasil e tentativas de reforma*. Tesis doctoral. P. U. GREGORIANA (Fac. Storia ecclesiastica), 13 febrero 2000.

<sup>20</sup> Cf E. CÁRDENAS, *América Latina...*, pp. 124-134. Arthur Lenti expresa un concepto que vale la pena sea tenido muy en cuenta; dice: «Sembra che il movimento missionario del periodo post-napoleonico stesse acquistando slancio particolare verso il 1870, al tempo cioè del Concilio Vaticano I (1869-1870) [...] Durante e dopo il Concilio Vaticano I, sia a Roma che a Torino, don Bosco ebbe occasione di incontrarsi con diversi vescovi e di udire le loro richieste» (Cosimo SEMERARO (dir.), *Don Bosco e Brasilia*. Padova, Cedam 1990, p. 95). Fue un gran beneficio para Latinoamérica el haber estado en la mira misionera de Don Bosco y de tantos fundadores y obispos celosos por la causa católica en el Nuevo Mundo en un momento en que la inmigración amenazaba con convertirse en un problema pastoral.

la Salle.<sup>21</sup> Más de un liberal, al estilo de Manuel Gómez Prada en el Perú, expresaron su desilusión y escándalo ante la «irresistible invasión clerical»<sup>22</sup> y la manera como el pueblo la aceptaba no obstante la oposición de la prensa y de algunos gobiernos, orientados por los amos de las logias.

Ahora bien: si, en general, el pueblo católico latinoamericano aceptó la nueva situación con respecto a las comunidades masculinas, con el mismo y, en ocasiones, con mayor entusiasmo recibió a las femeninas ya que venían a cumplir un cometido básico en los países: la beneficencia y la educación femenina. Solo como ejemplo se citan las hermanas de la caridad de San Vicente de Paul, las del Buen Pastor, las de la Providencia, las damas del Sagrado Corazón de Santa María Josefa Barat, la Compañía de María de Santa Juana de Lestonac, las dominicas de la Presentación de Tours, las salesianas y otras.<sup>23</sup>

#### 4. La coyuntura de Cambio de siglo

No obstante que el Concilio Plenario, como se ha anotado antes, no se basó en un análisis detallado de la realidad del continente en sus diversos aspectos y si en la doctrina tradicional de la Iglesia tal como la podían resumir los diversos dicasterios de la curia pontificia comprometidos con la preparación de la asamblea episcopal, es un hecho que las iglesias latinoamericanas se sintieron individual y colectivamente estimuladas para emprender una acción solidaria al interior de los países y a nivel continental.

El tránsito del siglo XIX al XX marca una etapa de crecimiento en las frágiles economías latinoamericanas que se había iniciado hacia 1880 cuando, después de la gran crisis europea que desembocó en la caída de la bolsa de Viena en 1876, se abrieron perspectivas nuevas para el hemisferio americano impulsado por el potencial de los Estados Unidos, cuya economía entraba a ocupar el lugar de vanguardia que Europa había cedido. El crecimiento se caracterizó por una mayor capacidad exportadora estimulada por una creciente demanda de materias

<sup>21</sup> El proceso educativo debió ser asumido por todos los religiosos que pasaron a América. Merecen un sitio especial los Hermanos de las Escuelas cristianas (de la Salle) que emprendieron el servicio misionero en 1816 y los Hermanos Maristas (Champagnat) quienes lo hicieron inmediatamente después de su fundación en 1817. Cf C. SEMERARO (dir.), *Don Bosco e Brasilia...*, p. 95.

<sup>22</sup> Citado por E. CÁRDENAS, *América latina...*, p. 133.

<sup>23</sup> La historia de la vida religiosa femenina en Latinoamérica no ha merecido la atención que se merece por parte de cronistas e historiadores. Sin embargo, la obra misionera, educativa y de beneficencia, amén de la vida contemplativa, de las religiosas han constituido uno de los más importantes logros espirituales de nuestras iglesias. Cf Angel MARTINEZ CUESTA, *Las monjas en la América colonial, 1530-1824*, en «Mayeutica» 54 (1996) 287-338; Pilar FOZ Y FOZ, *Las mujeres en los comienzos de la evangelización del Nuevo Mundo*, en *Actas del Simposio Internacional sobre la Historia de la evangelización de América*. Vaticano 1992, pp. 125-147.

primas en los países más industrializados y por la introducción de innovaciones tecnológicas en el campo del transporte ferroviario y marítimo, de las comunicaciones y de los métodos financieros a nivel internacional. Pronto se inició el auge del comercio latinoamericano de productos agrícolas y pecuarios y una nueva expansión del frente minero con lo que Latinoamérica empezó a significar un polo de atracción y de oportunidades laborales para vastos conglomerados europeos, sobre todo, italianos, alemanes, españoles y portugueses.<sup>24</sup>

El período que va de 1870 a 1914, es decir, desde el estallido de la Guerra franco-prusiana y la ocupación de Roma por las tropas italianas hasta el inicio de la 1ª Guerra mundial, se caracteriza por una corriente migratoria que, en algunas regiones, caso típico el sur del Brasil y Argentina, fue masiva y determinante de cambios socio-religiosos irreversibles.<sup>25</sup> Las masas inmigrantes representaron, en toda Latinoamérica, un notable crecimiento demográfico con el consecuente fortalecimiento de la mano de obra laboral que, unido al proceso de adaptación cultural, trajo consigo un desarrollo en todo sentido ante el que las iglesias particulares tuvieron que encontrar nuevos esquemas organizativos y pastorales que fueran capaces de responder a una sociedad culturalmente mixta y, en ocasiones, plurirreligiosa.

Sin embargo, en medio de la tímida, pero creciente participación de Latinoamérica en el movimiento expansionista de la economía mundial y en la lucha por los mercados de sus materias primas, se vio que la gran diferencia con Europa y los EE.UU. de Norteamérica radicaba en la enorme brecha, en todos los niveles, que había abierto el proceso independentista con la consecuencia de que, al finalizar el siglo XIX, solo un 4% de la población tenía acceso a la escuela pública o a cualquier tipo de escuela técnica y, en la mayoría de los países, la privada prácticamente no existía ya que lo prohibía la política educativa monopolista de los gobiernos liberales o conservadores dictatoriales. Importante excepción fue Chile cuyos gobiernos, adoptando una actitud pragmática, dejaron la educación en las tradicionales manos del clero y las religiosas.

El caso de las universidades fue especialmente dramático y se puede decir que el siglo XIX y las primeras décadas del XX no fueron nada favorables a la universidad latinoamericana que, no obstante poder ostentar un pasado colonial

<sup>24</sup> Un interesante estudio sobre la relación entre inmigración y consolidación de las economías latinoamericanas: cf Carlos MALAMUD, *Surgimiento y consolidación de las economías exportadoras, 1870/1880-1930*, en *Manual de Historia Universal*, 10 América (ed. A. Ciudad, M. Lucena, C. Malamud). Madrid 1992, pp. 567-587.

<sup>25</sup> El tema de los inmigrantes y la problemática religiosa suscitada en Latinoamérica con su llegada, está interesando mucho a nivel de tesis doctorales. Para muestra, se citan dos: Fabio BAGGIO, *La Chiesa Argentina di fronte all'immigrazione italiana: problemi, idee e scelte operative*. P. U. GREGORIANA (Fac. Hist. Eclesiástica), 1998; José Ulises LEVA, *O clero secular italiano na reforma da Diocese de São Paulo no episcopado de dom Lino Deodato Rodrigues de Carvalho (1873-1894)*. P. U. GREGORIANA (Fac. Hist. Eclesiástica), 2000. Naturalmente es un tema relativamente nuevo y, en algunos países, todavía inexplorado.

importante y, en el inicial período independentista, una romántica, pero no siempre efectiva protección de los próceres de las diversas naciones, fue objeto preferido de las intemperancias y manipulaciones de los gobernantes contra su autonomía; casos típicos que demuestran los aires que circulaban, con variantes en toda Latinoamérica: en Argentina, el dictador Juan Manuel de Rosas (1835-1852) clausuró la universidad de Buenos Aires por considerarla demasiado «ilustrada y liberal»; en México, el fugaz presidente liberal Valentín Gómez Farías (1846) cerró la centenaria «real y pontificia» de la capital por demasiado conservadora. Por supuesto que de todo el tejido de colegios y universidades coloniales dirigidas por las órdenes religiosas y que habían sido el sostén de la cultura durante la Colonia, no quedaba sino el recuerdo y las bibliotecas y archivos involucrados en instituciones estatales.

En el campo de la educación, en el que se había ocupado la suprimida Compañía de Jesús, ahora restaurada por Pío VII en 1814, poco podía hacerse por parte de los jesuitas, en parte por la escasez de personal y, sobre todo, porque la política de muchos estados o prohibía su ingreso o condicionaba su permanencia a la voluntad de los mandatarios de turno o a las vicisitudes de las reformas constitucionales. Algo empezaron a lograr la Iglesia y la iniciativa privada cuando, ante el fracaso de una política rudamente anticlerical y estatalista, los gobiernos se dieron cuenta de que el atraso intelectual y técnico de los países latinoamericanos se debía, más que todo, a una nula o deficiente educación en los niveles básicos, en el de la escuela profesional y agraria y, por supuesto, en los más altos de la universidad.

Importante papel en esta inicial restauración jugaron las nuevas congregaciones venidas a Latinoamérica y, sobre todo, los salesianos quienes, dentro de su carisma educativo, establecían donde llegaban los oratorios festivos, las escuelas profesionales, las colonias, escuelas agrarias y centros editoriales. Así mismo los seminarios conciliares, dirigidos por religiosos (redentoristas, eudistas, jesuitas y otros), en lo que, muchas veces, al lado de los candidatos al sacerdocio, se educaban jóvenes que se preparaban para ejercer las supremas funciones del gobierno, la política, la enseñanza o la economía.

Poco a poco, entre los dos siglos, las instituciones religiosas antiguas y las nuevas empezaron a ocupar su puesto en la educación académica y técnica con lo que, no obstante la todavía escasa posibilidad de la mayoría popular para educarse formalmente, se comenzó a conformar una hasta ahora casi inexistente clase media de profesionales y técnicos; muy pocos eran los que podían completar su formación en el exterior, pero los que lograban hacerlo, regresaban a conformar la base profesional directiva de la naciente empresa privada y de los organismos técnicos del estado.

El fenómeno analizado fue creciente hasta la 1ª Guerra mundial. Por obvias razones, el período bélico lo interrumpió aunque después del conflicto empezó a resurgir, esta vez con características muy diversas por varios motivos: el polo de

atracción principal definitivamente empezó a ser el país que, último en entrar en la guerra, terminó en mejores condiciones para usufructuar la victoria; además, la emergencia de movimientos ideológicos de marcada izquierda y de inspiración marxista-leninista solicitaban, de manera diversa, la conciencia de las masas sobre todo obreras e intelectuales universitaria.

## 5. Latinoamérica durante el pontificado de Pío X (1903-1914)<sup>26</sup>

A la muerte de León XIII, acontecimiento que, aunque esperado de un momento a otro por la edad avanzada y los achaques del papa Pecci, conmovió profundamente a las iglesias del continente, los obispos presagiaban y, quizás secretamente, deseaban que el cardenal secretario de estado, Mariano Rampolla del Tíndaro, fuera el sucesor en la cátedra de San Pedro. Había jugado un papel preponderante durante todo el proceso del Concilio Plenario de 1899 y conocía, como el que más en la curia romana, lo positivo y negativo de las jóvenes iglesias latinoamericanas.

Sorpresa causó la noticia del nombramiento del cardenal de Venecia, Giuseppe Sarto; más aun: desconcierto y rechazo, no por la persona todavía no muy conocida del nuevo papa Pío X, sino por la noticia del veto a la persona de Rampolla impuesto por el emperador de Austria y rey de Hungría, Francisco José, y comunicado a través del cardenal de Cracovia, Juan Puzyna de Kosielsko.<sup>27</sup> Por eso se refleja, en la reacción de la opinión latinoamericana con respecto a Pío X, un desconcierto inicial que se transformó en la clásica alegría por el nuevo papa y en positiva aceptación cuando se supo que el papa Sarto había prohibido, en adelante, la práctica del veto por medio de la constitución «*Commissum nobis*» del 20 de enero de 1904.<sup>28</sup>

El mundo que le tocó orientar a Pío X, con toda su potencia espiritual de pastor virtuoso y secundado por un secretario de estado excepcionalmente bien dotado, el cardenal Rafael Merry del Val, estuvo caracterizado por cambios profundos, exacerbados por la conciencia de que el sistema liberal había hecho crisis y la nueva fórmula socialista estaba a la puerta con sus promesas de redención para las clases proletarias. En el mundo entero y, también por supuesto en Latinoamérica, se veían con disgusto los abusos cometidos, en nombre de la libertad, en la época de la Revolución francesa y de la represión violenta de las reivindicaciones.

<sup>26</sup> Pío X (San), Giuseppe Sarto, de Riesi (Treviso), 1903-1914.

<sup>27</sup> Sobre el veto al Cardenal Rampolla del Tíndaro, cf José María JAVIERRE, *El Mundo secularizado*, 2. (= Historia de la Iglesia, dir. Fliche-Martin, 25, 2). Valencia 1991; Juan Eduardo SCHENK, *Guerra Mundial y estados totalitarios*. (= Historia de la Iglesia, dir. Fliche-Martin, 26, 1). Valencia 1991, pp. 33-35.

<sup>28</sup> Cf Ph. LEVILLAIN (dir.), *Dictionnaire historique de la Papauté*. Poitiers, Fayard 1994, voz veto, p. 1716.

ciones socialistas en 1830. Después del «Manifiesto comunista» de Marx y Engels en 1848, el grito de combate era contra el abuso de limitar los privilegios a una zona de la sociedad, negándolos, de hecho, a otros simplemente por ser incapaces de reivindicarlos o de conquistarlos cuando ello fuere necesario, aun por medio de las armas y la violencia.

No fue, por tanto, inesperado el hecho de que, a pesar del carácter todavía predominantemente rural de Latinoamérica, hayan empezado a resonar consignas nuevas de alto contenido social, sobre todo en el medio urbano obrero y en las zonas de fuerte influjo migratorio europeo. Baste solo un ejemplo: entre 1889 y 1905, se producen en Argentina los primeros movimientos obreros reivindicatorios y surgen el partido socialista y la Unión Cívica Radical que asume el poder, con Hipólito Irigoyen, en 1916. Ya para esa época, en Latinoamérica se comenzaba a saber que la doctrina social de la Iglesia, preconizada por León XIII en la encíclica «*Rerum novarum*», era sabia e iluminaba cristianamente las relaciones entre el capital y el trabajo, pero tenía que encarnarse en realidades concretas y, en el caso de las agrupaciones obreras, estas no estaban siempre compuestas por obreros obedientes a la Iglesia.

Los años que precedieron a la 1ª Guerra mundial puede decirse que, en los estados latinoamericanos, fueron de una mayor estabilización política en medio de crisis coyunturales más o menos duraderas en algunos países como Paraguay, Chile, Bolivia y Perú. Colombia, después de una guerra civil de tres años entre liberales y conservadores y de la independencia de Panamá con la ayuda de los Estados Unidos (1903), se fue por una línea conservadora que duraría hasta 1930, mientras Venezuela optaba por la fuerte dictadura de Juan Vicente Gómez de 1908 a 1935.

La gran excepción fue México que, tras los 35 años de dictadura conservadora de Porfirio Díaz (1876-1911), se precipitó en una cadena de hechos revolucionarios que, de 1910 a 1924, crearon una situación en la que, a las luchas reivindicadoras de tipo social o regional, se unió la vieja polémica decimonónica que había hecho crisis en el gobierno de Benito Juárez (1867-1871) sobre las relaciones entre la Iglesia y el estado; en el fondo de todo había una larvada lucha de la masonería mexicana y norteamericana contra las instituciones católicas en los campos tradicionales de los bienes eclesiásticos, la educación, la asistencia social y el variado género de organizaciones obreras y campesinas.<sup>29</sup>

El caso de México fue extremo dado su cariz marcadamente revolucionario y antirreligioso; sin embargo hay que reconocer que, en toda Latinoamérica, la problemática es la misma: la del estado que rechaza la intervención de la Iglesia y la de la Iglesia que lucha por conservar su tradicional situación de árbitro de la sociedad. En la mente de los eclesiásticos, la eclesiología con que se abre el siglo XX es la del Concilio Plenario de 1899 que es sustancialmente la misma del Vati-

<sup>29</sup> Cf José Miguel ROMERO DE SOLIS, *La Iglesia en México: Una Iglesia con el signo del laicado (1900-1940)*, en *Manual de Historia de la Iglesia*, 10, ed. Q. ALDEA - E. CÁRDENAS. Barcelona, Herder, 1987, pp. 893-907.

cano I: esquema de cristiandad en la que la Iglesia, sociedad perfecta, tiene el altísimo deber de sobrenaturalizar la vida humana y moralizar las conciencias. En medio del turbión de ideas nuevas, las iglesias locales buscan afincar la ortodoxia doctrinal a ultranza, rechazan el modernismo descristianizador y se oponen con pasión al socialismo y, sobre todo, al comunismo con su metodología de análisis de la realidad y su ateísmo teórico y práctico que predica que «la religión es el opio del pueblo».

La polémica que suscitó la lucha armada, más o menos motivada por la ideología comunista, llegó más tarde a muchos sectores del continente y, mientras tanto, se procuraba contrarrestar la devastadora campaña comunista con un trabajo abnegado y ciertamente bien intencionado en pro de las masas obreras y campesinas; no fue fácil para los católicos latinoamericanos involucrarse en la lucha sindical aunque lo lograron algunas veces a través del movimiento cooperativo y las asociaciones de mutua ayuda, sin que haya faltado, en la lucha contra el socialismo y el comunismo, cierto grado de compromiso de partes del estamento clerical con el estado liberal o con las dictaduras. Pero habrían de pasar dos guerras mundiales para que Latinoamérica se convirtiera en protagonista mundial de una reflexión teológica sobre la liberación de las clases marginadas de la sociedad.<sup>30</sup>

## 6. El contexto de la Iglesia latinoamericana desde el final de la guerra hasta 1922

Aunque la 1ª Guerra mundial no involucró a Latinoamérica en el conflicto bélico en cuanto tal, varios hechos cambiaron su situación en la medida en que la interdependencia de las zonas del área se hizo cada vez mayor: el primero, el influjo cada vez mayor del patrón dólar con el consiguiente desplazamiento del patrón esterlina; el hecho económico tuvo inmediatamente repercusiones políticas porque los EE.UU., la última nación en entrar a la guerra, con el presidente Woodrow Wilson a la cabeza, se convirtió, de hecho, en árbitro efectivo mundial, cargo que siguió desempeñando aun después de la creación de la Sociedad de las Naciones, entidad a la cual no adhirieron los EE.UU. El segundo hecho colocó a Latinoamérica en la mira mundial cuando, en 1914, se puso en funcionamiento el

<sup>30</sup> Mucho se ha escrito y se seguirá escribiendo sobre la llamada «Teología de la liberación». Se trata de un tema amplio y relevante dentro de la Iglesia latinoamericana. Reflexiones sobre el tema de la pobreza y la injusticia son mucho más antiguas que las conferencias y escritos del teólogo limeño, Gustavo Gutiérrez; pero se considera que su breve escrito «Hacia una teología de la liberación» marca el inicio de la nueva corriente teológica que ha dado tanto que hablar por los compromisos de algunos con la metodología materialista del marxismo y con las izquierdas revolucionarias. Sobre la significación de la polémica con respecto a la dimensión socio-política de la fe y de las instrucciones de la Iglesia romana sobre la teología o teologías de la liberación, cf Pedro HIDALGO DIAZ, *La Iglesia de Cristo en América y la nueva evangelización: un estudio del magisterio de Juan Pablo II y de la doctrina del Sínodo de América*. Tesis doctoral. Roma, P. U. GREGORIANA (Fac. de Teología) 2000.

canal de Panamá, bajo la administración y directo protectorado norteamericano, dada su posición estratégica en caso de una eventual extensión del conflicto bélico y con miras al desarrollo futuro del comercio mundial.<sup>31</sup>

El tercer hecho significativo, esta vez en el campo educativo latinoamericano, fue el de la reforma universitaria de Córdoba en 1917, por medio de la cual, dentro del espíritu asociativo y de reivindicación programática propio de la época, primero la universidad argentina y luego las de los demás países latinoamericanos que habían empezado a conformar un sistema universitario estatal, reclamaron un puesto en la deliberación sobre el devenir político y socio-económico de la sociedad y sobre la manera de ejercer la autoridad por los estamentos internos de la universidad para evitar las injerencias caprichosas de los gobiernos de turno. La reforma de Córdoba, como todas las de la época, tenía el sano propósito de reivindicar para la universidad la necesaria autonomía y para profesores y estudiantes la democrática participación en el proceso universitario y en el gobierno de la institución en contra del tradicional verticalismo del ejercicio autoritario. La política aprobada en Córdoba se aplicó de diversa manera según los países y universidades: donde llegó a extremos de anarquía total fue perjudicial y lo sigue siendo aun hoy; sin embargo, hay que reconocer que desencadenó procesos creativos de democratización de la matrícula universitaria y de autonomía que han contribuido a elevar el nivel cultural de los países del área.<sup>32</sup>

Latinoamericana, como se ha dicho, cada vez más dentro de la órbita de influencia estadounidense, después de la depresión que golpeó duramente las economías europeas y que fue significativa hasta 1896, participó, de manera periférica y generalmente como proveedora de materias primas, en una nuevo proceso expansivo industrial. Países como Alemania, Francia, Italia y los Países bajos entraron al «boom» de las economías sajonas, Inglaterra y EE.UU. Merecería un estudio detallado y por países la manera como estos entraron a usufructuar la bonanza de los mercados internacionales y a innovar o improvisar políticas estatales que evitaran la proletarización de las clases trabajadoras, el abandono del campo por parte de los pequeños y medianos agricultores y ganaderos y la naciente desocupación sobre todo juvenil en la periferia de las ciudades industriales.

Como todas las conflagraciones que mucho destruyen y nada construyen, la de 1914-1918 sumió a Europa en el caos de una dura recesión que fue caldo de

<sup>31</sup> La actual República de Panamá conformó un departamento de Colombia, desde 1821. En 1850, por el tratado Clayton-Bulwer, todo proyecto relativo a un canal interoceánico futuro debería hacerse bajo el protectorado anglo-norteamericano. En 1857 el francés Ferdinand-Marie Lesseps, el ingeniero del canal de Suez, constituyó una compañía para construir el de Panamá, pero quebró y sus derechos fueron cedidos a los Estados Unidos en 1888. En 1903, se produjo, con el apoyo norteamericano, un levantamiento en Panamá en pro de la independencia de Colombia. El 15 de agosto de 1914 fue inaugurado el Canal. (Datos de la *Enciclopedia della Storia Universale*. Novara, De Agostini 1995, p. 884).

<sup>32</sup> Sobre la Reforma universitaria de Córdoba (Argentina), cf C. MALAMUD, en *Manual de Historia Universal...*, pp. 608-609.

cultivo de movimientos demagógicos que, con la consigna de vengar afrentas y de reconstruir la grandeza de situaciones pasadas, lanzaron a los países de economías golpeadas por la guerra anterior en una carrera armentista sin precedentes que hizo de la fabricación de elementos bélicos para la defensa y la ofensa el acicate de la investigación tecnológica y de la ocupación laboral. El mundo, y Latinoamérica no fue la excepción, así estuviera lejos de los centros generadores de los conflictos, se acostumbraron a convivir con la psicosis de guerra; hacia allá apuntaban los movimientos totalitarios y la renovación de la guerra era cuestión de tiempo.

## 7. El pontificado de Benedicto XV y Latinoamérica <sup>33</sup>

Cuando el cardenal Giacomo della Chiesa fue elegido papa el 3 de septiembre de 1914, la situación no podía serle más desfavorable: rotas las relaciones de la Santa Sede con Francia, en desarrollo la guerra, Italia en un proceso de difícil neutralidad por la oposición entre intervencionistas y antibelicistas, el papado cautivo y casi sin voz para hacerse escuchar en pro de la paz por una «cuestión romana» interminable. El hasta entonces arzobispo de Bolonia tuvo coraje, humildad y un profundo sentido de la realidad y de las posibilidades de la Santa Sede. Papa de la guerra y de la difícil posguerra tuvo que gobernar la Iglesia en la época feroz de las retaliaciones y de los ambiciosos planes en pro de nuevas hegemonías. Le tocó presenciar el surgimiento de Hitler y Mussolini y escuchar consignas incendiarias.

Benedicto XV con su cardenal secretario de Estado, Pedro Gasparri, procuraron intervenir para terminar la guerra o, por lo menos, sentar a los contendientes a dialogar sobre condiciones honorables para una paz sin vencedores ni vencidos, sin lograr hacer oír y menos aceptar la voz de la Santa Sede a la que las partes en contienda veían, o fingían ver, como eventual favorecedora del enemigo.<sup>34</sup>

En el período de la posguerra, las iglesias latinoamericanas crecieron y se fortalecieron gracias al apoyo papal en dos sentidos: el de la mayor cohesión de los episcopados y la mejoría de la formación sacerdotal. El afianzamiento de la obra misional se vio temporalmente entorpecido por la poca afluencia de recursos nuevos de Europa y la escasez de clero que, relativamente, seguía siendo agobiante dadas las crecientes necesidades de iglesias en expansión, tanto en las zonas de jerarquía residencial como en los territorios bajo la dirección de la Congregación «de propaganda fide».

<sup>33</sup> BENEDICTO XV, Giacomo della Chiesa, Genova, 1914-1922.

<sup>34</sup> Sobre la muy complicada situación que le tocó sortear a Benedicto XV, cf Juan Eduardo SCHENK, *Guerra mundial y estados totalitarios*, 1. (= Historia de la Iglesia, dir. Fliche Martin, 26, 1). Valencia 1979 [1991].

Como varias veces se ha anotado, el panorama del continente no es uniforme desde el punto de vista de la vida eclesial en tiempos de Benedicto XV: la hostilidad es la característica en México, Ecuador y Guatemala; Uruguay se encierra en su política laicista hasta llegar a niveles de secularización sin precedentes en Latinoamérica; Brasil se beneficia de un sistema, consagrado por la constitución de 1891, de separación de Iglesia y estado, en general respetuosa y sin los males causados por el intervencionismo de la época imperial;<sup>35</sup> los demás estados fluctúan entre regímenes conservadores y liberales cuyos programas poco difieren en cuanto a ideología política y económica, aunque sí en los métodos para lograr la hegemonía; entre dictaduras y democracias, sin que se pueda decir que los regímenes de participación popular, en Latinoamérica, hayan logrado una base en partidos políticos que presenten en sus programas reales alternativas de poder. Desde el punto de vista de las relaciones con la iglesias locales, se dan períodos que van desde la protección a la tolerancia, la persecución larvada o la manifiesta y descarada.

Hasta el final del pontificado de Benedicto XV, Latinoamérica vivió una época de espera sin que, en el ambiente todavía muy incomunicado con el resto del mundo, se supiera exactamente qué deparaba el porvenir. Se podría hablar de época de espera o de preparación para grandes acontecimientos. Pero, para 1922, la 2ª Guerra mundial con sus horrores atómicos, las Conferencias continentales del episcopado latinoamericano, el CELAM, el Concilio Vaticano II, la caída del comunismo y la revolución electrónica eran ciencia ficción.

<sup>35</sup> La época del absolutismo imperial, con el argumento de proteger a la Iglesia y regular y supervisar su actuación en el Brasil solo logró mezclar la religión y la política de manera inconveniente. Cuando el 17 de noviembre de 1889 la familia imperial salió para el exilio, el pueblo deliró, los católicos respiraron. En el ambiente, se abogaba por la separación. Dice Renato de Mendonça, historiador brasileño: «Otra de las iniciativas de Ruy Barbosa fue el decreto que hizo la separación entre la Iglesia y el Estado, vieja aspiración del traductor y prefaciador de *El Papa y el Concilio* de Ignaz von Döllinger, entre sus obras la de más resonancia. La Iglesia acogió bien la medida, y por conducto de D. Antonio de Macedo Costa, superviviente de las luchas eclesiásticas del Imperio, manifestó la aprobación oficial». Renato DE MENDONÇA, *Breve Historia del Brasil*. Edic. Madrid, Cultura Hispánica 1950, pp. 101-102. El proceso que se desencadenó, con base en la libertad consagrada en la constitución republicana de 1891, favoreció un desenvolvimiento vertiginoso de la Iglesia brasileña y un acercamiento al Papa. El proceso ha sido calificado de «romanização», término que tiene el sentido verdadero de cercanía a la sede del Vicario de Cristo, aunque también el de excesivo ultramontanismo.